

## CLAVES DE HUMANIDAD NUEVA EN LAS NUEVAS GENERACIONES

P. Sergio  
Montes Rondón, SJ

### 1. La humanidad una propuesta a construir

Las construcciones conceptuales así como sus concreciones materiales nos pueden hacer creer que son elementos completos, acabados y no modificables, por lo cual es precisa una perspectiva histórica suficiente que nos ayude a comprender que en realidad no se puede hablar de algo denominado “la humanidad”.

Lo que podremos encontrar son propuestas de humanidad desplegadas a lo largo del tiempo y construidas al ritmo del desarrollo del pensamiento, de las creencias, de los descubrimientos e inventos así como de las teorías antropológicas y cosmológicas. Un dato, por demás conocido y significativo, es la “revolución copernicana” que en el siglo XV de nuestra era desplazó la posición central de la Tierra en el Universo, consecuentemente la centralidad antropológica respecto del cosmos. Podríamos decir que, con el cambio del paradigma de interpretación de la realidad, no sólo se reubicó a la humanidad en el conjunto de la creación sino que se comenzó a considerar más ampliamente su carácter relacional como constitutivo de su naturaleza y no sólo su carácter esencial.

Las teorías de la evolución del siglo XIX y el quiebre de una modernidad sólida también nos ofrecen una lectura a considerar sobre esto que llamamos “humanidad”. Ciertamente no podemos negar que existen y persisten algunos rasgos que funcionan como una suerte de común denominador que nos permiten identificar elementos constitutivos de la humanidad respecto de otros que, pueden no serlo o que son compartidos, con otras realidades.

Pues bien, las anteriores afirmaciones nos ayudan a comprender que al hablar de “la humanidad” no nos referimos a un ente abstracto, existente en sí y por sí o a un constructo definido, cerrado y completo. La humanidad está siempre construyéndose, desplegándose, abriéndose en un dinamismo germinal continuo que poco a poco va consolidando algunos elementos fundamentales.

Nuestra humanidad, la del siglo XXI, es heredera de todo cuanto ha brotado en los siglos anteriores y está del mismo modo abierta a definirse con propias características a lo largo del tiempo y del espacio, según diversos contextos culturales, religiosos, económicos, tecnológicos, etc. Nuestra huma-

nidad es una propuesta a construir, no porque no exista nada de ella, sino -tal como intento exponer-, porque hoy aparecen elementos de novedad que ofrecen la oportunidad de delinearla con fundamentos y matices nuevos.

Un elemento clave, a mi modo de ver, es la nueva sensibilidad que se despierta respecto de la propuesta y realización de humanidad nueva que Jesús de Nazaret nos propone, no como un modelo del pasado que hay que incorporar sin más a nuestra condición actual sino como una forma de vivir y construir humanidad que permita su crecimiento hasta la plenitud. Para la fe cristiana éste es un elemento de gran importancia a la hora del seguimiento de Jesucristo.

## 2. La cercanía con la humanidad de Jesús

En los tiempos que corren nuestra humanidad vive a merced de diversas formas de “sed”, unas de ellas creadas y sostenidas por una sociedad de consumo, que nos llevan a buscar su saciedad de mil formas distintas, pero todas ellas con el efecto placentero deseado. Al lado de estas también se posicionan otras que intentan,

no sólo la satisfacción instantánea de “necesidades” humanas, sino que apuntan a búsquedas de trascendencia y espiritualidad -algunas alejadas de toda realidad.

Para un seguidor de Jesucristo esta sed se sacia plenamente en el encuentro con Él (así sucede en el encuentro con la Samaritana, cf. Jn 4, 5ss). Nuestra humanidad, comprendida como la integración armónica de corporalidad y espiritualidad, tiene una manera específica de crecer y desarrollarse en la propuesta de humanidad radicalmente nueva que nos ofrece la persona de Jesús, como don de Vida verdadera.

La cercanía con la humanidad de Jesús desata en nosotros procesos de construcción de una humanidad que se abre a la plenitud no desde el encierro en sí misma sino en la apertura a la divinidad, a la humanidad de otras y otros, así como a la interrelación con la creación. Vivir el encuentro personal con Jesucristo nos humaniza, nos permite la realización de un proyecto de humanidad distinto al de los orígenes, en el que quisimos ser “como dioses” a nuestra manera, y que nos lleva a la comunión con Dios, que nos humaniza y diviniza, a su manera.

Este encuentro con Jesús, desde su humanidad, se incoa en el misterio de la encarnación, pues muestra la cercanía de Dios a la humanidad desde la desposesión, el despojo, desde abajo, en actitud humilde de anonadamiento, de apertura radical a lo verdaderamente humano (Flp 2, 5ss).

Eso significará que nuestra proximidad con Jesús, en una relación afectiva y continua, lleva a “revolucionar” no sólo nuestras ideas, convicciones y creencias sino que afecta radicalmente nuestro modo de ver la realidad, nuestra sensibilidad en sus fibras más íntimas, nuestros sentimientos más profundos. La persona de Jesús es la fuente desde donde podemos saciar nuestra sed de auténtica humanidad. No consiste en una mera restauración o renovación (como para arreglar los desperfectos de nuestra creación) sino en una propuesta realmente nueva.

Podríamos preguntarnos ¿nuestra sensibilidad es la de Jesús?, ¿vemos y percibimos la realidad, a nosotras/os y a las/os otras/os como lo hace Jesús?, ¿nuestra afectividad está impactada por el amor de Jesús que es capaz de totalizar mi vida? Sólo puedo ser mejor cristiana/o si soy autén-

ticamente humano a la manera de Jesús. Esta es una verdad más fundamental que una mera colección doctrinal de principios abstractos que muchas veces no nos dicen mucho.

El encuentro fraternal y amical con Jesucristo es generador de humanidad, pues su abrazo amoroso engendra en nosotros la Vida, nos ayuda a no encerrarnos en nuestros proyectos egoístas sino a que la verdad del Amor se transparente en nuestro barro. La pregunta es si nos dejamos afectar por Jesús.

Se precisa de una nueva sensibilidad abierta a nuevas propuestas de humanidad y de humanización de las relaciones que vivimos como personas y religiosas/os..., ¿algo de ello nos pueden enseñar las nuevas generaciones y los jóvenes?

### 3. Nuevas sensibilidades y relaciones en las NG: abriremos al futuro

¿Con qué experiencias y con qué percepción de la vida, de las relaciones, de la humanidad y de Dios llegan las nuevas generaciones a las puertas de la Vida Religiosa? Tal vez algunas las conoce-

mos, otras no. Sin embargo creo que en todo ello se esconde una riqueza no siempre aprovechada para desplegar nuevas formas de vivir plenamente nuestra humanidad como consagradas/os.

Es cierto que en las experiencias de muchos jóvenes se han producido rupturas, heridas y sobre todo se puede percibir una cierta fragilidad en la estructura fundamental del Yo, pero ¿eso es lo único? ¿Acaso Dios no cuenta con nuestra humanidad herida y pecadora para encarnarse y desde allí ofrecer una mejor versión de lo que las personas pueden llegar a ser?, precisamente porque nada auténticamente humano es contrario al proyecto creador de Dios.

Cuando queremos mantener a toda costa los presupuestos, las estructuras, las mentalidades y las formas de vida de una cierta Vida Religiosa que no responde ya a los signos de los tiempos, resulta muy complicado aceptar y acoger la frescura y la novedad que plantean algunas/os de las nuevas generaciones para vivir el proyecto de humanidad nueva en Jesús. No es de extrañar entonces que muchos de ellas y ellos abandonen la Vida Religiosa o terminen por resignarse en su empeño.

Hemos de partir de la realidad de que tienen distinta sensibilidad frente a las cosas, las personas y las relaciones. No se trata de evaluarla en categorías morales como buena o mala, mejor o peor, diríamos que es simplemente distinta y no se puede pretender que tenga que configurarse, a modo de reproducción mecánica, con los esquemas que nosotras/os manejamos como inmodificables. A quien debemos configurarnos es a Cristo y acoger con sintonía del Espíritu las formas del carisma, no se puede prescindir de lo primero.

Podemos explorar esta nueva sensibilidad a manera de listado de propuestas que aparecen en las nuevas generaciones, como formas de vivir la consagración a Dios y su Reino.

- Apertura a la ecología y el cuidado y cultivo de las relaciones con la creación, no sólo entre personas.

- Necesidad de expresiones afectivas, sensibles y satisfactorias. Capaces de hacer sentir a la otra persona que es aceptada y acogida y no simplemente recibida. La emotividad de los encuentros es importante, no es lo

único pero abre nuevos espacios de interrelación.

- Interés por nuevos lenguajes y transformaciones en las estructuras institucionales. El carisma, como don del Espíritu, no se reduce a la institución ni a las obras/acciones, Ser religiosa/o es principalmente una Vida, con estilos diferentes, no una Regla.

- Cultura audiovisual, expuesta a las TICs y con intercambios mediados por las redes sociales. Ciertamente no es suficiente estar conectadas/os sino que se deben propiciar encuentros, cercanía y relaciones sanas, no dependientes o poco transparentes. Los medios de hoy son distintos a los de ayer, mas en todo tiempo hay que hacer discernimiento de su uso.

- Búsqueda de relaciones más abiertas, espontáneas, cercanas y horizontales. Nuestra humanidad se construye con base en las relaciones. De cómo vivimos éstas, depende cómo está nuestra condición humana (corporal/espiritual). Algunas personas han vivido diversas experiencias no necesariamente buenas, tal vez aprendieron de ellas, pero no se puede pretender que vivan infan-

tilizadas/os o como si no conocieran la vida, ¡su experiencia de vida vale!

- Tal vez en nuestra percepción se equivocan mucho y no se ajustan a los modelos que ofrecen seguridades existenciales. No debería haber miedo en la equivocación, todos nos equivocamos, sino a que no logremos aprender de aquello.

- Deseo que su modo de ser y sus propuestas sean aceptadas y apoyadas. En sintonía con lo anterior, siempre habrá riesgos, pero no podemos frustrar vidas por creer que sólo nuestra percepción de la realidad o lo que nosotras/os pensamos y queremos es lo único bueno. A veces eso esconde un terrible temor al cambio.

- Deseo que las relaciones sean positivas y gratificantes -aunque no siempre es posible- y no se tenga que vivir con un discurso oficial y otro clandestino que es compartido sólo con algunos.

- Reconocimiento y aceptación gozosa de su condición personal, de su identidad sexual, de sentirse varones y mujeres que aspiran

a la plenitud humana desde su sexo y no como una suerte de seres asexuados o angelicales.

- Visiones de Dios, de la Iglesia y de la sociedad diversas que muchas veces no provienen de un ambiente familiar religioso pero que pueden servir como aporte cuando, por encerrarnos en nosotras/os mismas/os, no logramos percibir. Propuestas culturales que también cuestionan nuestra cosmovisión.

- Mayor sensibilidad social/relacional y deseos de espiritualidad. Lo que habrá que cuidar es que no se confunda con un mero asistencialismo, un club de amigos o un voluntariado humanista o se fomenten espiritualidades desencarnadas para evitar lo “duro” de la vida.

Quien fundamenta nuestra fe es Jesucristo, pero él es un Hombre lúcido y capaz de seguir las insinuaciones del Espíritu; es un Dios encarnado en toda realidad humana. Puestos los ojos fijos en él nuestra humanidad se irá transformando, configurada en Él y por Él, desde la realidad.